

EL GUANTE BLANCO.

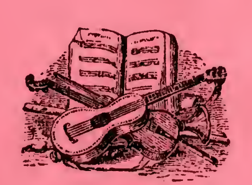
DRAMA SOCIAL EN TRES ACTOS,

POR

JESUS F. LOPEZ,

Miembro de la sociedad de

Geografía y Estadística, y de varias sociedades literarias.



AGUASCALIENTES.

IMPRENTA DE "EL AGUILA."

1889.

Al 1er actor S. Arturo Buxe.
en testimonio de afecto, el
autor—
Aguascalientes, Enero 7/59

Jesús F. López

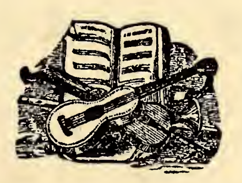
EL GUANTE BLANCO,

Drama social en tres actos,

Por

Jesús F. López,

Miembro de la sociedad de Geografía y Estadística, y de varias sociedades literarias.



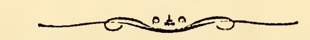
AGUASCALIENTES.

1889.

IMPRENTA DE "EL AGUILA."

A la señorita

MARIA LOPEZ.



MARIA QUERIDA.

Te dedico el presente estudio moral–filosófico-social.
Si de su conjunto se desprende una lección filosófica:
Si hay una máxima que hable á tu razón:
Si contiene un pensamiento que conmueva tu alma,
piensa en el porvenir y aprovecha mis consejos.

TU PAPÁ.

Jesús F. López.

Aguascalientes, Marzo 12 de 1878.

PERSONAJES.

Elvira.
Margarita.
Don Luis Terrera.
Don Fermin infante.
Don Eduardo Peñafiel.
Rivas.
Convidado 1º
Convidado 2º
Convidado 3º
Un agente de policia.
Un criado.

La escena pasa en méxico, 1878.

> La liviandad lleva á la mujer al crímen; el crímen al arrepentimiento y á la expiación.... La sociedad, severa alguna vez con el hombre, lo es siempre con la mujer que flaquea.
>
> FERMIN.—ACTO 3º—ESCENA 1ª

PROBLEMA SOCIAL:

ómo debe castigarse el adulterio?

ACTO PRIMERO.

El escenario representa una sala ricamente amueblada. En el fondo una puerta; á la izquierda del actor otras dos que conducen al interior de la casa; á la derecha otra puerta y un balcón que dá á la calle. Cerca del foro habrá una consola, un espejo, recado de escribir y velas encendidas. En la otra consola habrá un Crucifijo. Es de noche. El relox dá las diez al principiar la escena.

Escena primera.

Elvira. Rivas.

RIVAS.

La Lonja se engalana con sus ricos atavíos; espléndido estarà el baile. Usted, señora, tendrá oportunidad de lucir sus atractivos; usted brillará esta noche como una estrella.

ELVIRA.

Los círculos animados de hoy no tienen atractivos para mí. Los años pasan; las ilusiones mueren. ¿El baile estará concurrido? ¿Asistirà la opulenta Ribadeneira que es objeto de la adoración de todos?

RIVAS.

Es de las invitadas y creo que no faltará, á no ser que Eduardo Peñafiel se obstine en no acompañarla.

ELVIRA.

¿Eduardo no concurrirà? ¿no le será grato bailar con esa sílfide?

RIVAS.

[Aparte.] Sus celos se remueven. [A Elvira.] La Ribadeneira no podrá eclipsar á otra mujer por quien late el corazón de Eduardo.

ELVIRA.

Debe concurrir siquiera para desvanecer las calumnias de que es objeto. ¿Està usted seguro de que no concurrirá?

RIVAS.

A no ser que una persona, que tiene el mayor imperio sobre sus acciones, así lo òrdene. Me parece que usted, señora, puede imponerle órdenes.

ELVIRA.

¿Con qué derecho? una mujer casada no debe aventurar ni una amistosa insinuación. Eduardo es mi amigo; me dispensa su confianza, y suele de tardè en tarde visitar mi casa.

RIVAS.

Si, señora; *de tarde en tarde;* cuando el señor Terrera está ausente; cuando se le puede invitar á tomar parte en una tertulia de confianza; ó ya cuando suelo encontrarlo, también *de tarde en tarde,* en las azoteas de esta casa.

ELVIRA.

[Aparte.] ¡Dios mio!

RIVAS.

No me juzgue usted indiscreto si me refiero á lo que Eduardo me comunica en momentos de expansión.

ELVIRA.

Ha dicho usted que solo cuando Terrera está ausente.

RIVAS.

El vino del Rhin, señora, tiene la virtud de hacer rebosar el sentimiento; él derrama el contento algunas veces; otras toca misteriosamente las fibras delicadas del corazón, y hace buscar en el seno de la amistad el consuelo contra el infortunio.

ELVIRA.

¿Es usted amigo íntimo de Eduardo?

RIVAS.

Si, señora; soy poseedor de sus secretos; aseguro à usted que nada iguala á su desventura.

ELVIRA.

¿Le aflije algún pesar?

RIVAS.

Mañana será despojado de su fortuna.

ELVIRA.

No comprendo............

RIVAS.

Entre Eduardo y el señor Terrera hay un abismo; antes le robó su amor; mañana por segunda vez le arrancarà su fortuna.

ELVIRA.

El destino ha sido injusto con él. Es preciso que yo le vea esta noche en el baile de la Lonja.

RIVAS.

En su abatimiento no sería posible hablarle una sola palabra, por que tomaría como una ofensa invitarlo para el sarao en los momentos en que contempla un porvenir tristísimo. Pero hay una voz, señora, que tiene el mágico poder de trocar en dichas inefables sus pesares màs horribles. Cuando la voz de su amiga, la voluntad de su afecto, el invencible poderío de su palabra llega á su oido, todo lo olvida. Esa voz ¿serà el acento de la Ribadeneira como usted dice, ó será el dulce murmurio de otra mujer?

ELVIRA.

¡Rivas!

RIVAS.

Es inútil mi mediación; diga usted una frase; escriba usted una letra, y Eduardo concurrirá al baile.

ELVIRA.

¿Cree usted que yo pudiera evitar su ruina?

RIVAS.

Tal vez.

ELVIRA.

[Aparte.] Es preciso que yo vea á Eduardo y me persuada de su inconstancia.

RIVAS.

Ahora que me inicio en la confianza de usted, Elvira ¿podré esperar el merecerla?

ELVIRA.

Mi estimación y mi confianza son la recompensa á los amigos que me sirven con lealtad.

RIVAS.

Así lo espero. Hasta hoy he sido dependiente del señor Terrera, como fuí de Eduardo su socio y compañero en la casa de comercio que giràbamos con nuestro nombre; ella cayó en el abismo de las quiebras que los agiotistas conocen perfectamente.

ELVIRA.

Un desdén de la fortuna trajo á usted á esta casa.

RIVAS.

Y fuí admitido por las recomendaciones de usted. Eduardo recibirá mañana el último golpe y no quedará sino una sombra de lo que fué su opulencia, como no le ha quedado sino el recuerdo de lo que fué su amor.

¿Qué le queda al hombre honrado que desear en tal situacion? sólo el suicidio.

ELVIRA.

Es preciso que yo lo vea esta misma noche; en la Lonja, en esta casa, donde sea posible.

RIVAS.

Lo procuraré, señora. (Vase.)

Escena segunda.

Elvira. Margarita.

MARGARITA.

Nos acompañarà nuestro buen amigo Fermin. La concurrencia debe ser de lo màs escogido.

ELVIRA.

Siempre han sido aristocráticos los bailes de la Lonja. Es el único salón concurrido por señoras.

MARGARITA.

Pluguiera á Dios que todas las mujeres que allí se reunen merecieran el título de señoras; que jamàs la murmuración empañara el brillo de su honra.

ELVIRA.

La calumnia es un gusano que destruye por el tallo las plantas mas lozanas; destruye las flores mas delicadas y á veces los capullos, Margarita. (Con intención de herirla.) Qué reputación estará à cubierto de la maledicencia?

MARGARITA.

Comprendo que la mujer hermosa lleva en ese don de la Naturaleza el aliciente para ser perseguida; en todas partes hay seductores que le tienden lazos, pero estos los rompe la mujer que sabe adunar la altivez de su carácter á la virtud sublime.

ELVIRA.

¿La altivez?

MARGARITA.

Si, la altivez que sirve de escudo á la honra.

ELVIRA.

¿La soberbia?

MARGARITA.

Si, la soberbia que se indigna de llevar una reputación empañada· el noble orgullo de la mujer considerándose el relicario en que guarda su propio decoro y el honor de que fuera depositaria. Con frecuencia se ven en la sociedad escándalos que manifiestan la liviandad de la mujer, y las seducciones del hombre.

ELVIRA.

Veo, Margarita, que tus ideas han sufrido una transformación notable, convirtiéndote en monómana. La lectura de novelas ha llenado tu cerebro de extravagancias (Con ironía) ¡Oh señorita! la sensatez de usted la enaltece á nuestros ojos; ¿será preciso inventar una frase que adune esas dos heroicas virtudes? llamaremos á usted "la proterva virtud;" "la angélica soberbia." (rié.) Bien; muy bien; usted conquistarà esta noche, con esas austeras acciones, más de un corazón apasionado.

MARGARITA.

¡Cuànta indignación! ¡cuànto sarcasmo!

ELVIRA.

Todas quedaremos pasmadas de admiración cuando veamos cruzar á Margarita apoyada levemente en el brazo de su hidalgo compañero, y exclamaremos: "He ahí á una reina destronada; con qué magestad arrastra la cauda de su vestido!"

MARGARITA.

¡Elvira!

ELVIRA.

Después, agitàndose á los concentos de una música armoniosa, ligera como el pensamiento, apenas tocarà la matizada alfombra; fantástica como una maga, cubierto el rostro con el velo de un pudor virginal, meciéndose blandamente al compás de una danza, todos diremos con arrobamiento: "Dejadla; es un ángel; es la semejánza más perfecta á las Concepciones de Murillo:"—Y qué debemos contestar si alguno nos dijese ¿dónde dejaría las alas Margarita? ó bien; ¿en dónde el resplandor y la media luna? (rié.)

MARGARITA.

Contéstales, Elvira, que si son capaces de arrojar ese sarcasmo, es porque no conocen cuáles son los quilates de la virtud sólida, ni el precio inestimable de una reputación sin mancha. Di que si esa clase à la cual se designa con el nombre *del guante blanco*, no hace uso de su altivez para huir del fango, esa soberbia degradará al sexo hermoso. Pero......nada les digas; deja que las damas ligeras se rian de la mujer que se arma con el orgullo contra su debilidad: explicarles lo que es un noble sentimiento que no comprenden, es lo mismo que explicar los colores à un ciego que jamás vió.

ELVIRA.

De esas palabras se deduce que las señoras del guante blanco no conocen la dignidad ni sus deberes; que esas virtudes las ha monopolizado Margarita.

MARGARITA.

No, Elvira; ni uno ni otro; pero nadie más que yo se muestra inexorable en el cumplimiento de los deberes sociales. Apesar de no tener conocimiento del mundo, bien podría en mi inexperiencia señalar cuál es el camino del bien, y cuáles son los senderos peligrosos que conducen á la desgracia.

ELVIRA.

Si no pretendes darme càtedra de moral, no hallaré à qué aplicar esos consejos.

MARGARITA.

Me explicaré. He notado la preferencia que dos à Eduardo; la sociedad ve; la sociedad murmura; una sospecha puede muy bien empañar la honra de mi padre, confiada à tu cuidado; confiada también al mio. Los criados todo lo presencian; mis pequeños hermanos, en su candor angelical, pronunciaràn una frase irreflexivamente articulada por tus labios que el vulgo repetirá; que tomarà formas colosales; que llegarà tal vez á oidos de mi padre; murmuraciones que yo misma le referiré para precaver su honra de una mancha, aunque tenga que amargar su triste vida.

ELVIRA.

¿Crees, Margarita, que mis preferencias á Eduardo lleven el sello de la liviandad?

MARGARITA.

La sociedad mira y juzga. ¿Qué le diré si me pidiere cuenta de tu conducta? ¿qué le contestaré si me dijera viéndote con

desprecio, "esa mujer no puede levantar la frente"?—Dejadla, le contestaré;—es una reina destronada que, al descender del trono de la dignidad, pisa los últimos escalones del pudor.

ELVIRA.

Le dirás con acento indignado, que me mancha la calumnia.

MARGARITA.

Le diré que es de mal tono para una mujer vana llevar una mancha en su trage vistoso y elegante, pero que es disimulable la lleve en su conducta si ella provoca la calumnia.

ELVIRA.

Margarita..........

MARGARITA.

Si es calumniada la mujer que se muestra hasta la nimiedad celosa de su reputación ¿cómo no deberá serlo la que no teme á los dardos de la maledicencia, ni al escarnio de la justa crítica? Yo recuerdo los consejos de mi madre en un dia solemne. "La honra—me dijo,—es un cristal que si una vez se opaca no le volverán su trasparencia muchos años de làgrimas y de remordimientos." Yo grabó en mi alma esas palabras, Elvira, por que yo era una niña.

ELVIRA.

Margarita!....

MARGARITA.

Seguí el camino que mi madre me marcaba; y si veo que te desvías, nada más justo que trasmitirte sus palabras.

ELVIRA.

He sido calumniada; lo repito.

MARGARITA.

Tiemblo al considerar que mi padre ha sido engañado; temo la horrible mancha à nuestro honor; temo por tu esposo y à su suceptibidad que bien conoces; contemplo tu porvenir y el de tus hijos si llegare á turbarse la felicidad entre mi padre y Elvira. Pero si hubiese de descender de la altivez de mi carácter para reprochar tu conducta con la persuación y la dulzura, te diria: Elvira, por Dios, si estás al borde de un precipicio, vuelve sobre tus pasos; vela por la dicha de personas que serían desgraciadas. (Con tono de dulzura.) ¿No es verdad que digo bien, mi buena hermana, mi cara amiga?

ELVIRA.

(Disimulando la emoción.) ¿Porqué, porqué hablas ese lenguaje que me llega al alma? (Aparte.) Oh! acaso ya sea tarde.

(Váse Margarita enjugando las lágrimas.)

Escena tercera.

Elvira. Rivas. Eduardo.

RIVAS.

Señora, nuestro buen amigo Eduardo, que espera al Señor Terrera, quiere aprovechar estos momentos para saludar á usted.

EDUARDO.

Elvira, buenas noches. Acaso mi presencia importune á usted en los momentos que preceden á un baile.

ELVIRA.

Eduardo. (Saludando.) Mi esposo no tardará; entretanto invito á usted á descansar. (Váse Rivas.) Concurrirá usted à los salones de la Lonja ésta noche?

EDUARDO.

Acaso no podré concurrir.

ELVIRA.

No deben dejarse pasar sin aprovecharse esos momentos de solaz. Creo que concurrirà y recibirá los homenajes de usted la señorita Ribadeneira.

EDUARDO.

Es una mujer encantadora; yo he disfrutado de su trato; conozco su amable carácter, sus finísimos modales.

ELVIRA.

Cautivo està usted en las redes de esa mujer hechicera. Pronto daré à usted mis parabienes por ese himeneo.

EDUARDO.

No podrá ser mientras rebullan en mi alma las tempestades de un amor desgraciado, que nació en mi infancia, que se nutrió en mi juventud; ¿podría usted olvidarlo, Elvira?

ELVIRA.

Quiero correr un velo sobre lo pasado. Esta será nuestra última entrevista. Además, quiero por mi felicidad, por la de mis hijos, no seguir ese sendero de liviandades.

EDUARDO.

Pocos son los momentos en que podemos hablar aquí, y acaso no sea posible prolongar en el baile nuestra entrevista. Cuando estoy al lado de usted, Elvira; cuando vengo á recoger de sus labios una palabra de consuelo, usted me recibe glacial é indiferente; entonces se muestra á mis ojos la más triste realidad. ¿Por qué, por qué me rechaza usted cuando vengo al lado de mi mejor amiga, al lado de la mujer apasionada, cuyas làgrimas he recogido tantas veces?

ELVIRA.

Desde hoy no volveré á recordar nuestro pasado; esta es una resolución que sabré llevar á término aunque haga pedazos mi corazón.

EDUARDO.

Nada tengo derecho á exigir; estaba satisfecho cuando poseía el tesoro de la ternura de usted; cuando à su imagen querida le tributaba mi admiración y mis homenajes: al saber la resolución de usted, seame lícito preguntar cuál es la causa de ese cambio en sus afectos.

ELVIRA.

Amé à usted cuando era niña; en vano quise olvidarle cuando fuí esposa; fuí madre, y entonces apenas venía usted á mi imaginación. Faltaba á mis deberes sin medir mi sacrificio; hoy solo contemplo mi delito y mi vergüenza consideràndome infamada ante el mundo, envilecida ante los ojos de usted. Me acompañarà siempre este remordimiento como una expiación de mis faltas. Eduardo, por cuanto hay de más sagrado, no vuelva usted á ponerse frente á mí; no turbe usted mi sosiego.

EDUARDO.

¿Quiere usted alejarme de su vista y que la deje tranquila al lado de un hombre que me robó el tesoro del alma? ¿quiere usted que yo, dando tortura al sentimiento, olvide las impresiones de mi niñez, como si yo pudiera dar leyes al corazón? Por usted todo lo he sacrificado, Elvira; yo disfrutaba de crédito y tenía una fortuna; un día la especulación y el agiotage hirieron mi capital; un día desapareció el fruto de muchos años de trabajo.

ELVIRA.

He lamentado esas desgracias ¿puede haber cosa más veleidosa que la fortuna?

EDUARDO.

Sí, el corazón de la mujer. Un día ví que el oro de mi arca fué á dar formas colosales à la fortuna de insaciables banqueros que lo absorvieron como si ella fuera una vorágine; usted, Elvira, sabe lo demàs. Mañana el Señor Terrera darà el último golpe á mi fortuna, pero nada me preocupa tanto como la idea de perder á usted, Elvira; aun es tiempo de romper el velo que oculta nuestro afecto. Terrera malicia nuestro amor, y no le sería difícil encontrar algunas pruebas, porque yo no las negaré; porque yo no debo ni quiero rehusar un lance de honor en que pueda quedar exánime, sí, pero en el cual también posible es que mate á mi adversario, al hombre que me arrebató mi amor y mi fortuna.

ELVIRA.

¡Eduardo!......

EDUARDO.

Aun nos queda un sendero qué recorrer, Elvira; huya usted de esta casa y venga usted á un asilo que le espera, donde seremos felices.

ELVIRA.

Imposible, imposible; yo solo puedo ser feliz al lado de la cuna de mis hijos.

EDUARDO.

Terrera arrojará à usted de esta casa con ignominia; á usted le arrebatará à sus hijos.

ELVIRA.

Yo los defenderé con el valor de la desesperación.

EDUARDO.

Se emplearán los medios màs violentos.

ELVIRA.

Excitando su ira encontraré la muerte.

EDUARDO.

Provoquemos, pues, una crisis que ponga fin á nuestros tormentos. Si Terrera muere, yo seré el esposo de usted.

ELVIRA.

En cambio de una infamia yo no quiero la felicidad. **(Procurando irse.)**

EDUARDO.

Elvira, Elvira, una palabra nada màs, y que sea la última. Huyamos, ó los brazos de la Rivadeneira me esperan.

ELVIRA.

¡Jamás!

EDUARDO.

Terrera arrebatará á los hijos de usted muy pronto.

ELVIRA.

Aunque se interpongan los mayores obstàculos, yo seguiré á mis hijos ante las agitadas ondas, ante el furor de los incendios, hasta el fin del mundo. (Váse.)

EDUARDO.

(Aparte.) ¿Hasta el fin del mundo? pues bién, arrebatémosle à su hijo.

Escena cuarta.

Eduardo. Rivas.

RIVAS.

Don Luis Terrera no tarda; la entrevista se prolongaba demasiado.

EDUARDO.

Busqué la tranquilidad en el hogar, y encontré la imagen de Elvira en esa luz boreal que se llama dicha. El destino nos arrebató el fruto sagrado de nuestro trabajo, y à mí, además, la esperanza de un amor infortunado. La sociedad me halagó cuando yo tenía oro; me mira con desdén y desconfianza hoy que no lo tengo, y me despreciarà mañana que me vea cubierto de harapos. Rivas, la sociedad no desprecia las riquezas que se adquieren con el crimen; para ella el honor es una quimera; la virtud es un sarcasmo. Adquiramos, pues, riquezas.

RIVAS.

¿Cómo? ¿en dónde?

EDUARDO.

Nuestra audacia encontrará los medios. Si Don Luis Terrera se niega à concederme esperas, desarrollaremos una tragedia. Si Elvira, que es dueña de una gran fortuna, rehusa abandonar á Terrera, robaré à sus hijos esta misma noche.

RIVAS.

Evangelina está constantemente en el colegio. El niño Alfredo duerme ahí. Todo estarà dispuesto. (Señala el dormitorio.)

Escena quinta.

Don Luis. Eduardo. Rivas.

LUIS.

(Sorprendiéndose al ver á Eduardo.) ¡Este hombre aquí!....(Saludando.) ¡Señor Peñafiel!.... ¿á qué debo el honor....?

EDUARDO.

(Saluda.) ¡Señor Don Luis!..... Un asunto grave me obligó á esperar la vuelta de usted. Perdone usted, si escojo la hora menos á propósito para hablar de negocios mercantiles.

LUIS.

Tome usted asiento. Mas si usted quiere, pasaremos à un gabinete reservado.

EDUARDO.

Mi negocio es sencillo; procuraré exponerlo con brevedad. (Váse Rivas. Se sientan.)

LUIS.

Estoy dispuesto á oir à usted.

EDUARDO.

Mañana se cumple el plazo de unos documentos que por valor de treinta y tres mil pesos otorgué hace dos años á la casa de Richard y Compañía, los cuales fueron comprados por usted.

LUIS.

Es cierto; mañana es el último dia del plazo.

EDUARDO.

Pues bien, Señor Terrera, esos documentos no pueden ser cubiertos en numerario.

LUIS.

La casa de usted tiene en valores esa suma.

EDUARDO.

Hay existencias para cubrir mayor cantidad, pero no podrán cancelarse esos documentos si usted no nos da un nuevo

plazo; usted no ignora, Señor Don Luis, cuan grande perjuicio recibiré si fuere preciso recurrir à la ejecución. Por otra parte, mi crédito sería reducido á la nulidad. Si usted formara una combinación que estuviera màs en armonía con sus intereses, y pudiera prolongarme el plazo, ofrezco á usted el interés que se acostumbra en el comercio. No creo que usted se empeñe en arruinarme.

LUIS.

Usted sabe, Señor Peñafiel, por que así le consta á usted, que no acostumbro prorrogar plazos vencidos sin que precedan nuevos contratos enteramente distintos. Habrá usted tenido oportunidad de saber que en mi casa solo se admiten aceptantes que sean solventes, para no fiar al giro variable de la fortuna el éxito de un negocio. Si usted cuenta con firmas respetables, usted puede contar también con que recobrarà la misma suma que mañana tiene usted que pagar.

EDUARDO.

No puedo ofrecer màs que mi firma respetada en el comercio, y como garantía las existencias que mi casa tiene.

LUIS.

No puedo aceptar esa condición.

EDUARDO.

En ese caso, Señor Don Luis, está usted dispuesto á poner mis aceptaciones en vía de ejecución.

LUIS.

Veo con desagrado ese torbellino que se desata contra usted; pero tales son las vicisitudes del comercio. Acaso en el porvenir sea usted más afortunado.

EDUARDO.

Gracias por los deseos que usted me manifiesta y con los cuales soy favorecido. Si para el porvenir otras son mis circunstancias, yo no ligaré mis intereses con la casa de usted que para mi ha sido funesta.

LUIS.

Con muchísima justicia, Señor Peñafiel. Todos debemos huir de los hombres funestos.

EDUARDO.

Usted lo ha sido para mí, por que no puede usted lanzar de su memoria algún recuerdo que le atormenta, que tal vez le agita en éstos momentos. Cuando usted busca en el comercio accidentes que pueden serme contrarios; cuando usted hace ve-

nir á sus manos todos los documentos que puede usted convertir en una arma poderosa para causar mi ruina, he comprendido que algún antecedente poco justificado es el resorte oculto de esa conducta innoble; he maliciado que una rivalidad imprudente é insensata se interpone entre nosotros para ejercer una venganza. Sea, Señor Don Luis, puesto que usted lo quiere; mas no debe usted echar en olvido que el camino recto es el que recorren con más gusto los que se precian de caballeros.

LUIS.

Usted recurre al favor solicitando esperas acaso por que no mira expedito el camino de la justicia. Yo no puedo ó no quiero concederlas. Libres tiene usted todos los caminos.....¿me comprende usted, Señor Peñafiel? todos los caminos; excusado es decir que me encontrará usted en ellos.

EDUARDO.

Creo terminada nuestra entrevista [**Se despide solo con una cortesía.**] Ruego á usted se sirva disculparme.

LUIS.

Siento no poder servir à usted, Señor Peñafiel.

EDUARDO.

Excuso á usted el acompañarme.

LUIS.

La urbanidad exige tributar à usted en mi casa este acto de cortesía que serà tal vez el último.

EDUARDO.

Adios, Señor Terrera.

Escena sexta.

Don Luis. Elvira y Margarita, en traje de baile.

LUIS.

¿Por qué no cae de mis ojos esa venda fatal? ¿Elvira es culpable, ó su culpa es una fascinacion de mis sentidos? Yo esclareceré la verdad en el baile que se da esta noche.

ELVIRA.

El reloj ha marcado las doce. Alfredo se ha dormido, y nosotras estamos dispuestas.

LUIS.

Apresurémonos á gozar de este baile que será tal vez el último, pues se nos espera una época aciaga y melancólica.

MARGARITA.

¿Una época melancólica, papá?

ELVIRA.

¿Una época aciaga?

LUIS.

Tengo resuelto mandar á Alfredo dentro de breves dias, à Europa para que reciba educación. Desde ese instante se cubrirá esta casa con un velo de tristeza.

ELVIRA.

No, no puede separarse de nuestro lado. Su ausencia nos quitaría la vida. Eso no puede ser. Alfredo no se separará de mí.

LUIS.

Una buena madre debe sacrificarse en aras de la felicidad de su hijo. Alfredo se separará de nosotros.

MARGARITA.

Es muy niño todavía; aun no está formado su corazón ni desarrollada su inteligencia.

LUIS.

Esas consideraciones me obligan à pensar en su educación.

ELVIRA.

(Aparte.) ¿Es este un lazo que se me tiende para arrebatarme á mi hijo?

LUIS.

Tiempo tendremos de meditar este plan y de discutirlo. Voy á prevenirme, para que estemos cuanto àntes en los salones de la Lonja. **(A Margarita.)** Hija, necesito tu intervención. **(Vánse.)**

Escena séptima.

Elvira.

ELVIRA.

Las últimas palabras de Luis y de Eduardo anuncian una próxima tempestad. Yo no debo consentir en que se me separe Alfredo; llegaré serena á todos los crímenes, si, á todos... Tocar ese resorte en el corazón de una madre, es lanzarla en la

desesperación: ¿quién le salvará?.... ¿dónde encontraré un asilo para Alfredo?.... Acaso Eduardo.... Tal vez no sea posible hablarle á excusas en el baile cuando todos están pendientes de nuestras miradas. Preciso es escribirle....... [Elvira escribe y lee; pasa lo escrito sobre un papel secante que está al pié del espejo. Este acto es visible para el público.] "Eduardo, salva à mi Alfredo.—Tu Elvira"—No, yo no debo mandar esta carta.... no estoy cierta de que Luis quiera cometer una infamia; y áun siéndolo ¿no encontraré medios eficaces para salvarle por mí misma? Si, si, yo los encontraré.... ¡¡Ah!! (Aparece Rivas. Elvira quema la carta en la vela cuyo acto observa Rivas y la estrega entre las manos; después la arroja á la calle por el balcón.)

Escena octava.

Elvira. Rivas. Margarita. Don Luis.

RIVAS.

[Aparte.] Arroja un papel por el balcón.... [A Don Luis.] El Señor Don Luis Infante pide permiso para presentarse.

LUIS.

El Señor Don Fermín puede pasar. [Váse Rivas.]

MARGARITA.

Muchos meses hace que Fermín no viene por acá: ¿debemos reñirle, papà?

LUIS.

Si hoy se cumple el plazo, no es extraño que esté puntual á la cita. Y bien, Margarita, por primera vez te dirijo esta pregunta ¿amas á Fermín?

MARGARITA.

Le amo, papà; pero sobre mis sentimientos está la voluntad de usted.

Escena novena.

Elvira. Margarita. Don Luis. Fermín.
Todos en trage de baile.

FERMIN.

[Saludando.] Margarita!—Elvira.—Señor Don Luis....

MARGARITA.

Fermín....

ELVIRA.

Aguardábamos à usted.

LUIS.

(Saluda.) Señor Infante....... Son las doce justamente.

FERMIN.

Muy poco me hice esperar.

MARGARITA.

Algunos meses hacía que usted no nos visitaba.

FERMIN.

Esperaba con ansia este día que para mí está lleno de inquietudes. (Aparte á Margarita.) ¿Qué debo esperar, Margarita.?

MARGARITA.

(Aparte á Fermín.) Mi cita es para el baile de la Lonja.

ELVIRA.

¡Dios mio! ¡qué criminal he sido! Aun no doy à Alfredo un beso de despedida. (Entra al dormitorio y sale luego.)

LUIS.

Desgraciada mujer, ¡cuánto le ama! (A Fermín.) Sírvase usted acompañar á las señoras. Ya seguiré sus pasos. (Vánse, menos Don Luis.)

Escena décima.

Luis.

(Acercándose al espejo para arreglar la corbata.) Una nueva arruga en mi frente es signo seguro de que he descubierto una decepción en el corazón humano. (Toma el papel secante.) En es-

te papel secante han quedado las huellas de un escrito reciente.... Parece letra de Elvira.... aquí está su nombre, pero las letras quedaron invertidas al reproducirse en el secante... apenas se distinguen los caracteres.... (Pone el papel secante frente al espejo.) En el espejo se lee con más claridad que trasparentando lo escrito en la luz.... (Lee.) —"Tu Elvira".... —¡Tu Elvira! ¡Dios Poderoso!.... qué me revela este papel? (Lee.) "Eduardo.... salva.... Tu Elvira"—[Reprimiendo su emoción.] ¡No!.... es un vértigo.... es un sueño.... ¡Ah! es la realidad. Y fiaba todavía en su lealtad.... (Estruja el papel y lo guarda.) Yo sabré vengar esta afrenta; llevaré el castigo á la altura que su crimen reclama. Allí deben verse y hablarse; allí, donde pueden hacer pùblica mi deshonra: allí mi brazo castigará á los que imprimen el baldón sobre mi frente. (Váse.)

Escena undécima.

Rivas.

Aparece por la puerta lateral. Un grupo del pueblo recorre las calles, acompañado de una música. Risas de hombres y de mujeres.

RIVAS.

La hora y la situación son propicias. Algunos grupos del pueblo, con la vehemencia que inspiran los licores, recorren las calles celebrando un triunfo electoral. Los criados duermen. Eduardo y un mozo de confianza, vendràn por la puerta del escritorio que no es sospechosa, y que no està á la vista de los criados.

Escena duodécima.

Rivas. Eduardo, acompañado de un mozo.

EDUARDO.

(En traje de baile. Lleva calzados los guantes.) Esas voces......

RIVAS.

Es el pueblo que sufre y que rié de sus dolores.

EDUARDO.

¿Y Elvira?

RIVAS.

Escribía con misterio; arrepentida quiso destruir la carta en la flama de la vela; oyó mis pasos, estrujó el papel entre las manos, y lo arrojó à la calle.

EDUARDO.

Preciso es recoger ese papel inmediatamente.

RIVAS.

¿Qué debemos hacer?

EDUARDO.

Por ahora llevar y esconder á un niño que duerme ahí. (Enseña el dormitorio de Elvira.)

RIVAS.

[Al criado.] Vamos.

EDUARDO.

No hay tiempo qué perder. Escribiré una carta con letra disimulada, que quedará en ese balcón. (Conservando puestos los guantes, escribe con la mano izquierda, sobre la consola en que está el tintero. Lee lo que vá escribiendo.] La mano izquierda es diestra en situaciones supremas.... "Cincuenta mil pesos.... puestos en Tacubaya...., ó la muerte del niño." [Tira el papel al suelo junto al balcón. Aparece Rivas y el criado con el niño dormido.]

RIVAS.

Salgamos por la puerta del escritorio. Volveré para desviar las sospechas.

EDUARDO.

Audacia, Rivas: la fortuna nos mira con ojos compasivos. Recuperaremos el fruto de nuestro trabajo.

(Risas del pueblo. Vánse Rivas y el mozo con el niño.)

RIVAS.

Vamos; por aquí; pronto, pronto!

EDUARDO.

(Se adelanta en la escena con agitación.) ¡Quiero hacerme superior al infortunio! ¡quiero salvarme, ó hundirme en un abismo! Me lanzo à un sendero tortuoso y escarpado. No sé si á su término estará la fortuna próspera y bonancible, ó la imagen aterradora del remordimiento y del cadalso! (Váse precipitadamente. Risas sólo de mujeres, en la calle.)

ACTO SEGUNDO.

El escenario representa una sala de descanso, en la Lonja, en el acto de darse un baile; déjase ver en el fondo parte del gran salón, adornado con explendor. Se miran parejas que bailan; en la escena habrá una consola y un espejo cerca del foro.

Escena primera.

Luis, con un periódico en la mano.

LUIS.

Tiernos acentos de la mùsica; ecos expresivos del sentimiento, ¡cuánto lacerais mi alma dolorida! el hombre que cruzó el mar tempestuoso de las pasiones, encuentra en estos sitios gratos recuerdos. Yo también ¡oh Dios! yo también me recreaba con esos recuerdos; hoy vago errante por estos salones, atormentado de mis pensamientos, como el gamo que, herido por una flecha, recorre los bosques y los desiertos. ¿Y aun puedo dudar? ¡Dios mio! ¡tanto la amaba!.... hoy me resisto á creer en su traición. *(Tocando el corazón.)* ¡Salid, salid de aquí, afectos del alma mía! este lugar lo ocupará desde hoy el odio

y la venganza! Y ese hombre no se presenta ante mi vista; y esa mujer, tímida y amedrentada, fija en mí su mirar con la expresión del remordimiento.... ¡Dios mio! ¿qué haré cuando haya lanzado de mi pecho hasta el último destello del amor y de la estimación que me inspiraba? (**Lee el periódico, cuando llegan y hablan los convidados.**

Escena segunda.

Don Luis. Convidados 1º, 2º y 3º

CONVIDADO 1º

Debes renunciar á esa empresa, Perico; tres meses de asediar á esa jóven; tres meses de seguirla á todas partes, sin lograr que se fije en tí, es para concluir hasta con la paciencia del mismo Job.

CONVIDADO 2º

Quien persevera alcanza; una gota de agua taladra una roca.

CONVIDADO 3º

María Ribadeneira aspira á una posición elevada; ¿cómo es que tú, pigmeo de la fortuna, te atreves á levantar la vista hasta el pedestal de su grandeza?

CONVIDADO 2º

Es laudable su deseo; pero los ricos, que son fuertes en cálculos aritméticos, forman de su amor y su fortuna una razón y proporción.

Cual *cosa* de un solo real
es la dote de mi esposa;
lo suyo y lo mio es igual;
como ella no trajo *cosa*
no es *cosa* mi capital.

CONVIDADO 3º

Perico, si me ensartas otro verso, oyes mis silbidos.

CONVIDADO 1º

Ama el santo Sacramento del matrimonio, y quiere frecuentarlo. (**Todos rién.**)

CONVIDADO 2º

Yo quiero hacer la locura
de curar el celibato
que cura el civil contrato;
porque sin duda es el cura
que lo cura màs barato.

CONVIDADO 1º

¿Te atreverías á casarte civilmente? ¡que sacrilegio!

CONVIDADO 2º

A propósito: ayer encontré á Juana Rentería, que vive junto al templo de Monserrate, frente á la casa del juez del estado civil; y haciéndole una seña significativa hàcia el juez, que ella comprendió perfectamente, le dije: "¿por donde se entra á tu casa, hija mia?"—"Por la Iglesia, caballero," me contestó con donaire, dejàndome con un palmo de narices.

CONVIDADO 3º

Chusca contestación para un libertino como tú.

CONVIDADO 2º

Yo le dije suspirando:

Es triste la soltería
al que es de genio travieso;
Juana, con tal que seas mia,
yo te ofrezco darte un beso
en la misma sacristía.

CONVIDADO 1º

(**Reparando en Don Luis.**) Allí está el Señor Terrera como abandonado, mientras que su esposa......

CONVIDADO 3º

(**Saludando.**) Señor Don Luis......

CONVIDADO 1º

(**Saludando.**) Señor Terrera......

LUIS.

(**Aparte.**) ¡Importunos!

CONVIDADO 3º

¿Sabe usted, Señor Don Luis, que Perico ha sido víctima de un desengaño.? En este momento es el blanco de todas las murmuraciones.

LUIS.

(**Con amabilidad.**) ¿De todas las murmuraciones?

CONVIDADO 1º

Tenemos que dar à usted una nueva. Vea usted à Perico Taboada; ¿nó descubre usted en él un Tenorio en miniatura?

CONVIDADO 2º

Ria usted, Señor Don Luis, ria usted de las bromas de estos mamelucos.

CONVIDADO 3º

María Ribadeneira le ha seducido, pero tendría que habérselas con un rival afortunado y audaz, con un rival que tira con perfección la pistola, y maneja el florete con habilidad; ese rival es nada menos que Eduardo Peñafiel.

LUIS.

¿Tal ha sido el desengaño?

CONVIDADO 3º

Bailaba con la interesante María, y Cupido metió las alas; entre una tenpestad de suspiros, y à la luz de un continuo relampagueo que despedía su mirar oblicuo, le espeta en el oido una declaración amorosa.

CONVIDADO. 1º

¡Oh, bién!

CONVIDADO. 3º

Siente María que se nublan sus ojos, y lanza una queja; acudo en su socorro. ¡Jesus! exclamó ella; el vendado niño me ha disparado un flechazo; por poco me salta un ojo.—El acerado y encerado bigote de Perico había penetrado en una de las órbitas de aquellos lindos ojos. (Todos rién.)

CONVIDADO. 3º

¿Y permanece tranquilo el *ojicida*? yo no había parado hasta Filipinas.

LUIS.

Los buenos amigos, siempre están dispuestos à emplear las bromas; en esta noche de espanciones siempre tiene la juventud una frase halagadora qué recoger, algún suspiro qué mandar à donde va ràpido el pensamiento.

CONVIDADO. 2º

Aquí se adoran á todos los dioses del paganismo; el baile es la mitad de la felicidad. Una copa de Champagne; los arpegios melodiosos de la música; el dulce acento de la mujer querida.... He aquí lo que se llama tocar con la mano el cielo.

CONVIDADO 1º

Este es el templo del amor, Señor Don Luis; este es el santuario de la felicidad. María Ribadeneira lleva al pecho una flor que tiene su historia, y esa historia, episodios novelescos.

CONVIDADO. 3º

Si tiene su historia, ¿qué raro será que enlace y desenlace alguna intriga?

CONVIDADO 2º

Hace un año que la màs amable de las esposas regaló esa flor, á excusas de su esposo, al predilecto de sus amigos.

LUIS.

(Aparte.) Esa mujer es Elvira.

CONVIDADO 2º

Una lágrima figuraba el rocío; el perfume se lo infundía el ambiente que respiraba una mujer apasionada.

CONVIDADO 1º

El efecto del flechazo de Perico, será...... lo mismo que el de las hazañas de Peñafiel; por la mañana un duelo; por la tarde un difunto; y después, una cita nocturna inaugurará nuevas sensaciones en el corazón de la viuda. La sociedad vestirà luto, peró se reirá llevándolo unos dias; despues caerà sobre los acontecimientos el velo del olvido. Ese es el mundo.

LUIS.

(Aparte.) ¡Dios mio! ¿y puedo dominar mi furor?

CONVIDADO 2º

Esa flor volvió después à poder del amigo predilecto, del Lovelace de nuestra sociedad.

(Aparece Elvira en el fondo del salón, del brazo de un compañero, y desaparece.)

LUIS.

[Aparte.] Ahí está esa mujer. Seguiré sus pasos, asecharé sus acciones; recogeré sus palabras.

CONVIDADO 1º

Vamos al baile, Señor Don Luis.

LUIS.

No soy actor en los bailes, pero me causa placer el trato de mis amigos.

CONVIDADO 3º

Ha caido usted bajo el brazo seglar de sus amigos. Decididamente usted nos acompaña.

CONVIDADO 2º

Enmedio de esa juventud loca é inexperta, usted aparece como el espíritu selecto cuya prudencia nos guía.

LUIS.

(Aparte.) No la perderé de vista.

CONVIDADO 3º

(Al convidado 2º) Si María te distingue en el salón, se rehusarà à cantar; entonces sus recelos seràn más significativos, más claros sus desdenes.

CONVIDADO 2º

Nunca he temido sus desdenes: esa mujer es caprichosa como todas. Admira la filosofía de esta endecha:

Amor con recelos llama
llama que enciende el favor,
si sólo un celo le inflama,
se enredará cualquier dama
en las redes de su amor.

[Vanse, y se llevan á D. Luis.]

Escena tercera.

Rivas. Eduardo.

EDUARDO.

(A Rivas, persuadido de que no le oyen.) ¿Y bien?....

RIVAS.

El niño está en seguro.

EDUARDO.

En la calle se nota agitación.

RIVAS.

Elvira todo lo ignora.

EDUARDO.

Si Elvira abandona á su marido, yo entraré en posesión de su capital. Si muere Terrera en un lance que yo provoque, dueño quedaré del campo.

RIVAS.

Esa mujer no se resolverá.

EDUARDO.

Elvira està celosa; este será el misterioso resorte que mueva sus afectos.

RIVAS.

¿De qué manera podremos moverlos?

EDUARDO.

Elvira ve con envidia los atractivos de María, y ha podido descubrir mis relaciones con ella: sus ojos brillaban como los de una pantera.

RIVAS.

Ese frenesí puede sernos funesto.

EDUARDO.

El celo, el amor maternal, su afecto hacia mí, que ha querido y no ha podido olvidar; todas las pasiones en tremenda efervescencia, forman la tempestad que ofusca su razón.

RIVAS.

Movida por los celos buscará la venganza.

EDUARDO.

A mis piés vendrà, yo lo juro; á mis piés vendrá sumisa y humillada, como cierva herida por el cazador, y que defiende à los cervatos en su agonía.

RIVAS.

Nos acusarán de plagiarios.

EDUARDO.

Eludiremos el castigo de la justicia.

RIVAS.

¿Podrà servirnos la carta que arrojó Elvira por el balcón? Héla aquí.

EDUARDO.

(**Toma la carta, la lee, y la guarda.**) "Eduardo, salva à mi Alfredo. Tu Elvira."

RIVAS.

Esa carta ¿podrà ser nuestra salvación?

EDUARDO.

Podremos desafiar á la justicia. Todos los caminos son buenos para una madre, con tal de salvar á su hijo. (**Vánse.**)

Escena cuarta.

Fermín. Margarita.

FERMIN.

Aquí, Margarita, en este sitio, podemos calmar la agitación del baile. ¿Quiere usted descansar?

MARGARITA.

Sí, Fermín, unos instantes. (**Se sientan.**)

FERMIN.

Usted es feliz, Margarita; usted puede comunicar su ventura á cuantos le rodean en estos círculos animados.

MARGARITA.

Son apetecibles estos instantes cuando se habita por algún tiempo una casa rústica.

FERMIN.

¿Agrada á usted el campo, Margarita?

MARGARITA.

¡Ah, sí! tiene tantos atractivos la soledad!....

FERMIN.

Para quien es feliz, la soledad se convierte en un Edén; mas para el alma lacerada, para el corazón amortiguado, será la imagen del cáos.

MARGARITA.

Siempre son gratos los recuerdos de una felicidad, aunque sea fugaz: ellos son como los sueños agradables que al despertar se desvanecen; ¡con qué avidez quisiéramos aprisionarlos!

FERMIN.

Ah! los recuerdos siempre son agradables.

MARGARITA.

Los recuerdos son la imagen de la felicidad cuando son gratos; si los sueños son imagen de la muerte, yo amaría la soledad que me los inspirase; yo amaría la muerte si ella me infundiera sueños encantados.

FERMIN.

En esos campos floridos ¿no ha percibido usted algún perfume que traiga à su mente una memoria grata? El poético bosque de Chapultepec, los vergeles de San Angel, las colinas del cabrío. ¿no han revelado á usted que fueron testigos de una felicidad fugaz, como usted la llama?

MARGARITA.

Esos sitios agrestes siempre hablan á mi memoria y á mi corazón.

FERMIN.

Sí, Margarita; allí está lozano y vigoroso un rosal, que es para mí el símbolo de una felicidad excelsa; la mano delicada de usted cortó un botón que adornó su tocado, que después vino á mis manos, para decirme en ese mudo lenguage de las flores....“ama y espera.” Un año ha transcurrido, y en vano espero una resolución, que usted aplazó para hoy en este sitio.

MARGARITA.

(Riendo.) ¿Tanto idealismo significa una flor marchita?

FERMIN.

Desde que usted la cortó, varias veces la he vivificado con mi aliento.

MARGARITA.

La niña que corre tras una mariposa, es el símil de la inocencia; una joven que corta flores, es acaso la imagen de la vo-

lubilidad si obedece à los impulsos de afectos caprichosos; la mujer que vive en el retiro, lejos del bullicio de la sociedad, puede ser indiferente á las aspiraciones del amor ó á los halagos del himeneo; si se adormecen las pasiones de su alma, si se debilitan sus recuerdos, pueden ofuscarse también los destellos poéticos de su fantasía.

FERMIN.

Pero esa flor, Margarita, fué arrancada del pensil para mí en un momento de amoroso entusiasmo; si esto no significa amor, tampoco podría llamarse una complacencia pueril, ni una cortesía *banal.*

MARGARITA.

Las flores tienen su simbólico lenguage; y cuando la mujer pueril ó la sensata coloca una flor en el lugar prominente de su tocado, tal vez indica con esto su egoismo ó sus aspiraciones. Por alguna cosa colocó Dios la cabeza sobre el corazón.

FERMIN.

Esas palabras, Margarita, no son una respuesta concisa é invariable. ¿Cuál es la intrepretación que les debo dar?

MARGARITA.

Bien, Fermín; puesto que usted lo exige, diré à usted, que está en mi corazón el amarle, pero ese sentimiento lo subordinaré à los deseos de mi papà. Cuenta usted con mi afecto; conquiste usted su voluntad.

FERMIN.

Gracias, Margarita; no me engañaba cuando creí adivinar los sentimientos de usted, y ahora hago un esfuerzo por reprimir mi emoción. Hoy mismo hablaré al Señor Terrera de nuestro enlace.

MARGARITA.

Sería inoportuno cuando mi padre sufre; hay personas que siembran en su alma la mayor de las amarguras.

FERMIN.

Comprendo cuánto usted sufre y piensa; ese murmullo que se levanta en torno nuestro y que difama...... ¡ah! no me atrevo à lacerar el corazón de usted.

MARGARITA.

Veo venir sobre mi padre, sobre mi familia toda, desgracias que yo debo conjurar.

FERMIN.

Animo, Margarita; los dos debemos combatirlas.

MARGARITA.

Mi buen amigo.... es usted el dueño de mi afecto, y no me atrevo á comunicarle mis sentimientos; ellos están ligados à secretos que no me pertenecen.

FERMIN.

¿Qué quiere usted decir, Margarita? yo soy un amigo sincero de usted y del Señor Terrera; estoy ligado à esta familia por las cadenas de la amistad y del deber. Usted quiere hablarme de.... Elvira.

MARGARITA.

Sí, sí, y no me atrevo cuando la vergüenza embarga mi voz.

FERMIN.

Comprendo los sentimientos de usted. ¿Cree usted que mi intervención pudiera calmarlos?

MARGARITA.

Peñafiel ostenta una flor que Elvira le dió hace un año; es preciso que mi padre no la vea.

FERMIN.

Ahuyente usted de su imaginación pensamientos tan frívolos; una flor no es la prueba, ni la sospecha siquiera, de una liviandad; no lo es, Margarita; cuando màs serà el símbolo de una amistad preferente, que no debe turbar la paz de un matrimonio.

MARGARITA.

(Levantándose.) ¿Usted piensa así? ¡ah! nó, nó. De la mujer del César, ni las sospechas. ¿Consentiría usted en que su esposa....

FERMIN.

(Arrebatándole la palabra con emoción.) Nó, Margarita, nó; bien ó mal, con justicia ó sin ella, yo arrancaría esa flor, y mi acción sería como la del tigre, pronta, inexorable, mortal. Ni una palabra más. Volvamos al salón del baile. Procuraré hablar con Elvira.

(Vánse por el fondo. Don Luis aparece entre los convidados, en el salón.)

Escena quinta.

Rivas. Eduardo. Don Luis.

(Don Luis no los pierde de vista.)

EDUARDO.

(A Rivas.) Es imposible hablar con Elvira, porque Terrera me sigue á todas partes.

RIVAS.

Yo y mis amigos procuraremos entretenerlo. (Váse Eduardo por la puerta lateral.)

LUIS.

(Viene á la escena.) (Aparte.) Ese hombre huye de mí como de nn enemigo implacable.

RIVAS.

(A Don Luis.) Frente á esta casa se agrupa la multitud, que obstrnye el paso á los carruages; la policía no es suficiente à contenerla.

LUIS.

Un baile suntuoso mueve la curiosidad de todos. [Vase Rivas por el fondo.]

Escena sexta.

Don Luis. Fermín.

FERMIN.

He buscado á usted por todas partes.

LUIS.

Fermín, siento en el corazón un peso atroz; siento el delirio de la fiebre; esa juventud loca é imprudente rié y difama; entre esas murmuraciones, tal vez se pronuncie minombre y el de Elvira.

FERMIN.

Pero en un sarao..........

LUIS.

Si en un sarao se arrastra la reputación de un hombre, ese hombre debe hacer callar à la multitud, ¿no es verdad?

FERMIN.

¿Quiénes osarían........?

LUIS.

Yo la haré callar si mi nombre fuera sacado á la burla y al escarnio.

FERMIN.

Señor Don Luis!....

LUIS.

Hay un hombre en estos salones, que lo escarnece; ruego à usted me diga el nombre de quien se una con él para ofenderme.

FERMIN.

Yo no consentiré esas murmuraciones; para acallarlas me autoriza la amistad de usted. (Vase para el salón.)

Escena séptima.

Don Luis. Convidados 1º, 2º y 3º

CONVIDADO 1º

Señor Don Luis, necesitamos la influencia de usted en estos salones.

LUIS.

¿Podrá valer mi influncia, amigos mios?

CONVIDADO 2º

Deseamos oir cantar á la simpática María Ribadeneira.

CONVIDADO 3º

Se niega á cantar sólo por que se lo ha suplicado Perico.

LUIS.

En tal caso, mis ruegos serán inútiles.

Escena octava.

Dichos. Fermín. Margarita.

FERMIN.

En este retrete puede usted componer las flores de su tocado.

MARGARITA.

Gracias, Fermín.

FERMIN.

El Señor Don Luis está terriblemente agitado; no es oportuno decirle una sola palabra.

MARGARITA.

Hable usted con Elvira, por Dios!
(Margarita entra en el retrete. Se retira Fermin.)

Escena novena.

Don Luis. Convidados 1º, 2º y 3º

CONVIDADO 1º

Una mujer tan interesante como caprichosa puede resistir à nuestros ruegos como un medio de mostrarnos su desvío.

CONVIDADO 3º

Pero no se negará si usted se lo ruega; por lo menos no temerà las asechanzas de un rival, las consecuencias de una súplica, ni los efectos de una amable complacencia.

CONVIDADO 2º

Usted nos hará favor de ser el intermediario en nuestras súplicas.

LUIS.

No me niego à complacer á tan buenos amigos.

CONVIDADO 3º

La voz de esa mujer es divina; así comprendo la gloria; así debe ser la voz de los ángeles.

LUIS.

Vamos, pues, al salón; si María consiente por mis ruegos en dejar oir su voz, habré conquistado un título à la gratitud de mis amigos. (Vánse todos.)

Escena décima.

Fermín. Elvira.

ELVIRA.

El cansancio me agobia. Permaneceremos un momento en este salón.

FERMIN.

Cuantos usted quiera, Elvira.

ELVIRA.

El baile no está muy animado.

FERMIN.

Tal vez el corazón de usted está melancólico.

ELVIRA.

Sí, Fermín. Sería usted capaz de adivinar la causa.

FERMIN.

Creo que sí, mi buena amiga.

ELVIRA.

¿Sabe usted que Luis quiere mandar á mi Alfredo á Europa? Esto no puede ser; para impedirlo recurriré á todos los medios.

FERMIN.

Si el Señor Terrera lo quiere, Usted debe consentir.

ELVIRA.

¿No hay medio de que una madre se oponga á esa tiránica voluntad?

FERMIN.

Ninguno. No debe usted calificar de tiránica á una voluntad que proporciona beneficios á un hijo.

ELVIRA.

Usted conspira contra mis sentimientos, Fermín. Un amigo tiraniza también mi corazón.

FERMIN.

¿Un amigo, dice usted? ¿lo soy yo realmente? ¿puedo aspirar à merecer ese título?

ELVIRA.

¿Lo duda usted?

FERMIN.

Como amigo de usted, Elvira, no debo llevar à su oido sino el acento de la verdad. Veo cernerse sobre la cabeza de usted, sobre toda su familia, una tempestad horrible.

ELVIRA.

¡Fermín!......

FERMIN.

El Señor Terrera sospecha que usted dá lugar á ciertas murmuraciones que lo infaman.

ELVIRA.

¿Cree usted también, como ese vulgo insensato, que sea yo la causa de esas murmuraciones?

FERMIN.

Eduardo Peñafiel lo preocupa, por que sabe que usted le regaló una flor que la ocasiona.

ELVIRA.

Ese hombre es un malvado; esa flor se la dí como un recuerdo amistoso; después he visto que la Ribadeneira la ostenta como un triunfo. Yo exigiré que esa flor vuelva á mi poder.

FERMIN.

Prendida hoy del frac de Peñafiel, es la causa de esas murmuraciones. Elvira, por Dios, recójala usted en el acto, antes que el Señor Terrera se aperciba de ella.

ELVIRA

Debo arrancarla de allí ¿no es verdad?

FERMIN.

El corazón de usted no está pervertido, Elvira; pero comprendo que una complacencia irreflexiva en usted puede ser causa trascendental á horribles incidentes en un hombre susceptible y delicado. Recoja usted esa flor, que aquí es preludio de males infinitos. Eduardo Peñafiel viene.... Abandono á usted un momento. (Váse por el fondo.)

Escena undécima.

Elvira. Eduardo.

EDUARDO.

Señora, usted se aleja del salón en los momentos en que la música preludia un hermoso Wals.

ELVIRA.

Busco la oportunidad de decir à usted, que esa flor debe venir á mi poder.

EDUARDO.

Volverà deshojada por mi mano, cuando tenga la última resolución de usted, Elvira; debemos partir esta misma noche.

ELVIRA.

¡Imposible!

EDUARDO.

Si no quiere usted ser víctima del furor de Terrera.

ELVIRA.

Sufriré las consecuencias de mis extravíos.

EDUARDO.

Elvira, Elvira; la resistencia de usted me coloca al borde de un abismo; el despecho me hará provocar la muerte. Además, yo no debo permitir que el hijo de usted le sea arrebatado; yo quiero, yo debo salvarlo.

ELVIRA.

(Con ajitación.) ¿Dice usted que me lo arrebataràn? ¿dice usted que lo salvará?...... Pues bién, sí, yo quiero salvar à mi hijo.

(Un murmurio de voces, y nutridos aplausos se oyen en el salón.)

EDUARDO.

Tal vez mañana Alfredo será sustraido del lado de usted. Venga usted con él á un albergue mas venturoso.

ELVIRA.

Nó, nó, jamás! ¿Aun insiste usted en hacerme desgraciada? por Dios, Eduardo, déjeme usted tranquila; demasiado me atormentan los remordimientos. (De nuevo se oirán aplausos.) Esos aplausos.... ¡ah! se tributan á esa mujer á quien odio!

EDUARDO.

Sí, se tributan à ese àngel; à María, sí, quien arranca aplausos á sus admiradores; ella es objeto de una ovación, porque sujeta al cetro de sus encantos á multitud de hombres que se disputan su preferencia; ella tiene bajo sus plantas á mujeres que envidian sus atractivos; ¡oh, qué bella es, Elvira!.

ELVIRA.

¡Y usted la juzga encantadora!....

EDUARDO.

Es hermosa y me ama; yo he despreciado su amor en cambio de la ternura de usted.

ELVIRA.

(Aparte y con despecho.) ¡Ah! ¡tanta humillación!.... Vamos, Eduardo, vamos...........

EDUARDO.

(Con intensa alegría.) ¡Oh cielos!.... ¡Elvira!......

ELVIRA.

Vamos.... (Con vacilación.) al salón del baile.

Escena duodécima.

Elvira. Eduardo. Margarita.

MARGARITA.

(*Sale con precipitación del retrete, y les impide el paso.*) Elvira, Elvira; tú no debes tomar ese brazo. Ese hombre es indigno de pisar estos salones.

EDUARDO.

¡Señorita!......

MARGARITA.

Esa flor...... (*Queriéndola arrancar.*) solo mi padre tiene derecho à llevarla....

EDUARDO.

Si tal es su derecho, sabrá arrancarla de aquí.

ELVIRA.

Eduardo! Eduardo!

Escena décima tercera.

Elvira. Margarita. Don Luis. Rivas. Fermín.

LUIS.

(*A Elvira.*) Sólo faltaba que mi honor se viera arrastrado por el fango.

MARGARITA.

Padre! padre!

LUIS.

Tenías oro, pedrería; tenías admiraciones, consideración de la alta clase; la ternura de un esposo; las delicias inefables de la maternidad. ¿Faltaba algo para saciar tu pueril orgullo? sí; faltaba que te envilicieras; faltaba la humillación al hombre que te llevó al altar; faltaba que llegaras hasta el cinismo.

ELVIRA.

Luis, Luis, eso no es cierto.

LUIS.

Ante la evidencia no podrás engañarme. Ve aquí la copia auténtica de tus palabras. (*La lleva de la mano hacia un espejo, y poniendo ante éste el papel secante, lee.*) "Eduardo, salva...... Tu Elvira."

ELVIRA.

¡Ah! (*Cae de rodillas ante Don Luis.*)

EDUARDO.

Señor Don Luis, si esa mujer es culpable, sólo yo respondo de sus faltas; yo, que soy su cómplice.

FERMIN.

¡Señor Peñafiel!...... (*En tono de amenaza.*)

LUIS.

No estaré satisfecho sino matando á ese hombre. [*A Elvira.*] Yo que te colmé de beneficios, quisiera arrojar sobre tí el màs tremendo de los castigos.

EDUARDO.

Sí, cuando haya usted derramado mi sangre.

LUIS.

Reclamo esa flor que lleva usted ahí.

EDUARDO.

Otro hombre diría.... "la arrancaré con la punta de un florete."

LUIS.

Servirà de blanco al proyectil de mi pistola.

ELVIRA.

¡Luis!

MARGARITA.

¡Padre!

EDUARDO.

Aguardo impaciente ese momento. Ese guante rocordarà á usted que á todo èstoy dispuesto. (*Rivas habla al oido de Fermín, cuyo acto es visible para el público. Eduardo arroja el guante de la mano izquierda, que está manchado de tinta. Don Luis y Fermín se disputan el recogerlo. Lo levanta Don Luis.*)

LUIS.

Solo yo debo recoger este guante. Protesto morir ó vengar estos agravios. Este objeto, símbolo de la caballerosidad, no deben llevarlo quienes deshonran á una mujer; los que imprimen del guante en la nítida blancura manchas infamantes. (*Señala una mancha de tinta en los dedos del guante.*)

EDUARDO.

Hay manchas corrosivas, Señor Don Luis, que caen en el honor, y que sólo la sangre puede lavar.

MARGARITA.

¡Dios mio!...... Padre! padre!

LUIS.

Nos veremos, Señor Peñafiel.

EDUARDO.

Mañana à las once en Tacubaya. (Váse.)

Escena décima cuarta.

Elvira. Margarita. Don Luis. Fermín.

FERMIN.

Señor Don Luis, ocurramos á la casa de usted, donde ha pasado un acontecimiento grave.—La policía la invade y la resguarda.

LUIS.

¡Mi casa!....

FERMIN.

Han penetrado á ella los bandoleros y se han llevado al niño Alfredo.

LUIS.

¡Es imposible!

ELVIRA.

(Aterrorizada.) ¡Mi hijo; mi Alfredo!

MARGARITA.

¡Dios de bondad! ¡mi pobre hermano!....

LUIS.

Acudamos...... (Váse corriendo. Elvira quiere seguirlo.)

ELVIRA.

¿Dónde, dónde està mi hijo?

MARGARITA.

¡Cuántas desventuras, Dios mio! (Cae desfallecida sobre una silla.)

ELVIRA.

Este acontecimiento me mata...... Fermín, Fermín, mi Alfredo......¡oh!.... ¡Mi vida!...... ¡todo, todo por salvarle! (Váse corriendo.)

ACTO TERCERO.

La decoración del primer acto.

Escena primera.

Elvira. Fermín.

(Elvira, sentada en un cojín y recargada en el sofá.—Fermín sentado en una silla.)

FERMIN.

¡Y bién, Señora! ¿qué piensa usted hacer después de las escenas de anoche?

ELVIRA.

¡Por Dios, Fermín! no atribule usted mi alma. Yo he provocado la cólera de Dios, y reconozco en mis sufrimientos un castigo de mis faltas. No me atrevo ni aun á implorar su compasión.

FERMIN.

¿Cuál es el porvenir que se le espera á usted?

ELVIRA.

De lágrimas y de desolación; degradada ante la sociedad, que me desprecia; de vergüenza ante mi famila, que me odia; mis extravíos, que me impedirán llegar hasta el lecho de mis hijos para velar su sueño. ¿Podrían mis lágrimas calmar mis remordimientos, devolver la paz á mi corazón?

FERMIN.

Sí; aun puede usted tener esperanza de calmar las amarguras de la vida....

La liviandad, lleva à la mujer al crimen; el crimen, al arrepentimiento y á la expiación. Dido, Elena, Fedra, Magdalena, ocultaron su vergüenza, lloraron y expiaron sus extravíos, y Dios les perdonó. La sociedad, severa alguna vez con el hombre, lo es siempre con la mujer que flaquea. Pero un marido ultrajado no es un Dios misericordioso y justiciero; es, sí, un vengador inexorable que manda sus odios àun mas allà del sepulcro, hacia la mujer que lo infama.

ELVIRA.

Ante esas desgracias considero la magnitud de mis faltas. Mi pobre Alfredo acaba de ser rescatado, por que yo mandé á esos miserables todas mis joyas.

FERMIN.

Rivas llevó esas alhajas, que devolvieron à una madre su tesoro, sí; pero grandes y aterradores son todavía los acontecimientos que vienen; veo cruzar por estos salones la sombra de la muerte.

ELVIRA.

Bendigo á la Providencia porque en las horas de amargura cuento con los consuelos de un amigo. (Váse.)

Escena segunda.

Fermín. Margarita. Despues un criado.

MARGARITA.

Gracias, Fermín; en los momentos del infortunio usted no nos abandona.

FERMIN.

Margarita, mi bién, mi adoración; à qué precio hubiera querido evitar á usted esas desgracias.

MARGARITA.

Inquieta estuve toda la noche, y mi calma se restauró hasta la vuelta al hogar de mi pobre hermano. Hoy renace de nuevo mi inquietud.

FERMIN.

Increibles son tantas desgracias.

MARGARITA.

Me horroriza la deshonra; me amedrenta el aspecto de la sangre; me enagena la idea de mi orfandad. Fermín, mi excelente amigo, solo usted puede comprender mi dolor.

FERMIN.

Animo, Margarita; con valor se combaten las vicisitudes de la vida. Ese duelo no puede, no debe impedirse; las leyes del honor son inexorables.

MARGARITA.

Oh! si me fuera dable vengar esas ofensas.

FERMIN.

Yo las vengaré; este es mi deber. La justicia deberà castigar á su vez otro crimen; el plagio què se cometiera en esta casa en el niño Alfredo; pero las ofensas al honor solo al Señor Terrera ó á mí corresponde satisfacerlas.

MARGARITA.

¿Dónde estàn los criminales?

FERMIN.

La policía los busca con empeño.

MARGARITA.

La carta de los plagiarios está escrita con tinta violeta; la letra es caída en razón inversa de la natural; parece escrita con la mano izquierda.

FERMIN.

Es indudable.

MARGARITA.

Ese guante de Peñafiel está marcado con la misma tinta violeta, y coincide en ser el de la mano izquierda.

FERMIN.

(Haciendo una manifestación como si se dispertara en él una sospecha no advertida.)

Ah!. . . . Es un indicio de que esa persona escribió la carta.

MARGARITA.

Ese hombre es un malvado. Ante esa sospecha, posible es evitar un duelo. Mi padre no debe batirse con un plagiario.

FERMIN.

Hay un medio de evitarlo.

MARGARITA.

Pongámoslo en vigor. ¡Que no se derrame la sangre de mi padre; que no se exponga la vida de usted.! Fermín, yo lo quiero, lo mando.

FERMIN.

Nada debe usted temer. El Señor Terrera no será actor en ese duelo mientras yo respire. Es degradante denunciar à Peñafiel como criminal, cuando está pendiente una cuestión de honor.

MARGARITA.

Yo no tengo el deber de respetar esos preceptos.

(Margarita escribe; llama al mozo con el timbre, y le habla sin que lo perciba Fermín. Deja un guante blanco sobre la mesa.)

Esta carta al Gobernador.... ¡Pronto; pronto.!

FERMIN.

(Aparte.) No es posible otra solución que no sea la muerte. Yo libraré á Don Luis del sacrificio; yo lavaré esa mancha ocultando á la familia mis designios.

CRIADO.

El Señor Peñafiel pretende hablar al Señor Infante ó al Señor Terrera.

MARGARITA.

¡Siempre ese hombre fatal! **(Al criado.)** Condúzcale usted aquí.

FERMIN.

No debemos recibirle.... ¡Oh! no.

MARGARITA.

Sí, para impedir que vea á mi padre. **(Vánse.)**

Escena tercera.

Eduardo. Rivas.

RIVAS.

No se compromete el honor viniendo á esta casa en que yo vivo, para depositar en manos del Señor Infante los intereses de usted.

EDUARDO.

Después del lance de anoche no debemos vernos don Luis y yo, sino es en el momento de dirigirnos los primeros tiros. Acaso llegue à creerse que ignoro los preceptos del código del

honor; que busco los medios de evadir un lance, ó que intento, fuera del sendero de la caballerosidad, ejercer una venganza indigna. Necesito hacer saber à Don Luis cuàl es mi objeto àl presentarme en esta casa; necesito hablar también con el Señor Infante, puesto que no es posible hablarle en otra parte en estos momentos.

RIVAS.

Si yo habito en esta casa, muy justificada es la conducta de usted buscándome en ella, supuesto que yo he de intervenir en el duelo que se verificarà muy pronto. Voy, pues, á anunciar à usted al Señor Don Luis, ó bien al Señor Infante.

Escena cuarta.

Fermín. Eduardo.

EDUARDO.

(Se saludan.) Perdone usted, Señor Infante. Agradezco á mi fortuna me depare la de encontrar á usted en esta casa.

FERMIN.

Puede usted decir, Señor Peñafiel.

EDUARDO.

Es lamentable, Señor Don Fermín, que el Señor Terrera no haya concurrido hoy à Tacubaya, acaso por que no se hayan dado à conocer mutuamente los nombres de nuestros padrinos. Vengo, además, á hacer llegar á sus manos estas llaves, que son las de mi casa de comercio, en pago de mi crédito que se cumple hoy. No siendo yo su deudor, ya podremos batirnos. Con permiso de usted. [Pretende irse, dejando las llaves.]

FERMIN.

El Señor Terrera no aceptó la cita que usted le dió. Celoso de su dignidad, sabrà ir con paso firme, y en su oportunidad, al lugar à donde le llamen sus deberes.

EDUARDO.

Algún motivo poderoso le impidió ser exacto en esta vez.

FERMIN.

Ese celo excesivo puede ser digno del hombre arrebatado, pero no del caballero que conocer debe las fórmulas mas tri-

viales del código del honor; él contiene preceptos invariables que á nadie le es dado transgredir.

EDUARDO.

Dudo, Señor Don Fermín, si en el caso presente yo debo ser actor, ó si debo hacer un papel pasivo como deudor de mi adversario. Mi dignidad me aconseja terminar hoy este asunto, y provocar una crísis, ya sea de acuerdo ó contrariando el código del honor, que me sería más deshonrosa cuanto pudiera ser tardía. Si usted quiere mediar en este asunto, le suplico haga saber al Señor Terrera, viene Peñafiel á arrancar ó à pedir una satisfacción que de justicia se le debe.

FERMIN.

Acepto ese encargo por ahora; màs tarde seré actor que à mi vez tenga las mismas exigencias. ¿Estarà usted dispuesto, Señor Peñafiel?

EDUARDO.

Ancioso estoy por dar fin á esa tragedia que principió en el baile dé la Lonja. Resueltó estoy à no dejar pasar este día sin que queden ajustados los preliminarés para dar fin á dilaciones vergonzosas.

FERMIN.

¡Vergonzosas, dice usted! ¡ah!.... Primero que esas exigencias dignas de un truhan, debía usted sincerarse de los cargos graves que pesan sobre usted. No, no es la sola nota de seductor que lleva usted sobre sí; no es la del alevoso que penetra en el hogar, cual serpiente rastrera, para emponzoñar una existencia; esàs acusaciones sabrán vengarlas dignamente las personas à quienes tales ofensas hieren. Hay todavía una acusación grave, que entra en la esfera de los crímenes horrendos, que imprime en la frente de usted el extigma del baldón y de la infamia.

EDUARDO.

Esas palabras, Señor Infante, tienden á provocar mi ira; yo exigiré por ellas una satisfacción.

FERMIN.

Esas ofensas á la sociedad solo puede satisfacerlas el verdugo.

EDUARDO.

Usted sufre una enagenación mental, y á falta de razones...

Escena quinta.

Eduardo. Fermín. Rivas. Un policía.

RIVAS.

(Al policía.) Ese es el balcón donde se recogió la carta de los plagiarios. (Váse.)

POLICIA.

¿Esa carta, dónde se encuentra? Debe ir á manos del Señor Gobernador, ante quien se forma el proceso.

FERMIN.

He aquí la carta autógrafa escrita con tinta violeta, y, al parecer, con la mano izquierda, á la que pertenece ese guante. (Señala el guante.)

POLICIA.

¿De usted es ese guante? (A Eduardo.)

EDUARDO.

Es uno de los que llevé al baile de la Lonja; es el mismo que alguna persona recogió, y que en vez de mandarlo á la justicia, debe volvérmelo en otra forma más digna del honor de un potentado.

POLICIA.

En el Señor Eduardo Peñafiel recaen las sospechas de ser autor del plagio verificado en esta casa. Estos objetos dan indicio de su culpabilidad, por esta mancha de tinta violeta. A nombre del Gobierno del Distrito, le impongo arresto. (Señala la mancha.)

EDUARDO.

Con cuánta cobardía se recurre á un subterfugio para esquivar un duelo que demanda el honor, y la dignidad ultrajados. El pusilánime Señor Terrera y sus íntimos amigos, llevan la calumnia á los piés de la justicia en vez de concurrir al campo del honor.

POLICIA.

Esta órden me manda reducir à prisión al reo Eduardo Peñafiel. (Enseña una orden.)

EDUARDO.

Acaso las apariencias, Señor Don Fermín, podrían condenarme como actor para sustraer de este asilo, en el silencio de la noche, al joven Alfredo. Más tarde se sabrà si ha sido con autorización de su misma madre. Si hay pruebas para condenarme, ¿no podrá haberlas para defenderme? Una carta escrita por la Señora de Terrera lo explicará todo.

FERMIN.

Esa carta es una invención.

EDUARDO.

Por la justicia será examinada; con ella tal vez se pantetice, que si existieron bandoleros, Elvira sea su cómplice. Tal vez pudiera esclarecerse que Alfredo no es hijo de Terrera, y sí que puede y debe llevar el nombre de Peñafiel.

FERMIN.

Usted arrastra por el fango el nombre de una mujer, y al hacerse reo de crímenes horrendos, quiere usted esquivar el castigo de la justicia; ésta es la única que debe levantar el brazo para herir. Cuanto usted dice es una impostura, porque usted ha recibido por el rescate del niño grandes valores en alhajas, lo que prueba su culpabilidad.

EDUARDO.

Elvira trataba de salvar una parte de sus riquezas.

POLICIA.

[A Eduardo.] Vamos.

EDUARDO.

(A Fermín.) Aguardo á usted en el banquillo de los acusados; allí me veràn sereno y sin temblar, mis enemigos.

(Vánse Eduardo y el policía.)

Escena sexta.

Fermín. Don Luis.

LUIS.

¿Deseaba usted verme, amigo mio? ¿Ha podido descubrirse á esos malvados?

FERMIN.

Están en poder de la justicia.

LUIS.

Usted me quita del corazón un peso enorme. Podría saber el nombre de esos bandidos?

FERMIN.

Armese usted de todo su valor, y escuche con calma la relación de incidentes desagradables.

LUIS.

Quien sufrió las vicisitudes de la vida, resistirá tranquilo las agitaciones y las tempestades que aun puedan venir.

FERMIN.

El hombre funesto que pretende manchar la honra de usted, es quien premeditó y llevó á fin el robo de Alfredo.

LUIS.

Ese hombre..........!

FERMIN.

Eduardo Peñafiel es el reo, y está ya en poder de la justicia. Para justificarse inventará fábulas revestidas con las galas de la aparente verdad; sobre tales calumnias debe herir la espada de la ley.

LUIS.

¿Y es usted quién le pone en manos de la justicia, cuando hay entre dos hombres una afrenta qué vengar?

FERMIN.

La justicia tiene el deber de castigar al culpable.

LUIS.

Los agravios que se me hacen, solo por mí han de ser castigados. Yo soy el único que tiene derecho à exigir una reparación; ¿lo comprende usted, Señor Infante? ¿usted, que aspira à la mano de mi hija?—Sabe usted cuàn delicado es el honor de Terrera, y así consiente en que la justicia se apodere de ese hombre, sustrayéndolo á mi venganza. Usted, con ese proceder, esquiva un duelo que yo deseo; que yo exijo; que llevaré à efecto aunque se interpongan entre mi ofensor y yo los muros formidables de un calabozo. Y usted es quien forja esas maquinaciones que encadenan mi reputación, y me exponen al ludibrio de la sociedad.

FERMIN.

Señor Don Luis, la justicia se desentiende de los agravios de los hombres para castigar à los criminales.

LUIS.

Antes que la justicia está mi honor; yo moriré á manos de mi adversario, ó él quedará exánime á mis piés; pero no conferiré al carcelero ni al verdugo esos derechos. Usted no ha procedido como un amigo celoso de mi honor; Usted serà el primero en deplorar las consecuencias. Haga usted que le sea devuelta su libertad á ese hombre.

FERMIN.

Ya es tarde; està en poder de la justicia, y no saldrá de allí sino con el estigma de los criminales, ó con la aureola de los hombres honrados. Todas las pruebas están en poder del juez. Además, no puede tener lugar un duelo mientras él sea deudor de usted.

LUIS.

Declare usted, á mi nombre, que es inocente, para que obtenga la libertad; cancele usted ó destruya la constancia de que es mi deudor.

FERMIN.

Yo lo deseo, Señor Don Luis; pero caeriamos en una trama infernal qne él urde contra nosotros.

LUIS.

Puesto que usted me envilece ante mis ojos, seré con usted severo.

FERMIN.

Señor Don Luis, no merezco ese reproche.

LUIS.

Quien mira con indiferencia la degradación de un sér querido, es indigno de toda consideración.

FERMIN.

¡Oh!......

LUIS.

Declaro por mi honor que quiero una reparación; que intento una venganza; que niego mi estimación al Señor Infante, hasta el momento en que allane los obstáculos para que un duelo se efectué. Yo sabré....—lo juro por mi honor,—sostener esta resolución. Mi hija secundará mis deseos. ¡Margarita! (**Llama á Margarita.**)

FERMIN.

No participe usted á su familia esos incidentes que la alarman. Yo haré una reparación que deje á usted satisfecho.

LUIS.

Inmediatamente. Cuando yo reciba una satisfacción, que obre la justicia. (**Váse.**)

Escena séptima.

Fermín, Margarita.

FERMIN.

Eduardo Peñafiel se encuentra en una prisión; de pronto se ha impedido el duelo, como usted deseaba.

MARGARITA.

Agradezco á usted esos servicios. A una hija atribulada le devuelve usted à su padre.

FERMIN.

Aquí terminan mis deberes como hombre que complace al objeto de su amor. Fáltame cumplir con el deber de amigo cerca del Señor Terrera.

MARGARITA.

¿Cómo podré compensar esa abnegación?

FERMIN.

Fuí débil ante un àngel víctima del sufrimiento; hoy sabré ir al sacrificio por la honra de un amigo. (Váse.)

MARGARITA.

¡Hombre generoso y leal! ¿quién si no él querría sacrificarse por la honra de un amigo? (Váse.)

Escena octava.

Elvira, después Don Luis.

ELVIRA.

(Con agitación.) ¿Dónde está Fermín? ¡horrible maquinación! Ahí está el Secretario de Gobierno del Distrito; pretende

que declare si es mia una carta en que autorizo á Eduardo para robar á mi Alfredo; de mi declaración depende la vida de un hombre, ¿qué debo contestar? ahí, ahí està esperando mis palabras, que sellarán una sentencia de muerte, ó la libertad inmediata. ¿Dónde estará Fermín?.... ¡Ah!

LUIS.

Nuevas heridas en el alma me obligan á dejar este suelo.

ELVIRA.

(Con la vista en el suelo.) Nada puede disculparme de mis fàltas ante un hombre que ha sido modelo de buenos esposos.

LUIS.

No solicito tus disculpas, ni quiero oir tus explicaciones. Baste á mi propósito hacerte saber que dentro de breves horas parto para Europa.

ELVIRA.

¡Dios mio, dame valor para sufrir!

LUIS.

Tù habitarás esta casa, donde hallar debes todos los medios de bienestar; todos, menos él amor y la veneración de tu esposo; todos, menos la presencia y las caricias de tus hijos.

ELVIRA.

(Con agitación.) No niego mi culpabilidad; no imploro tu perdón; no interpongo mi arrepentimiento; esto no me haría digna de tu amor; no me volvería tus consideraciones, ni la paz á mi corazón. Pero si no fuera tan culpable como he sido, tampoco desconocería la justicia que tienes para sujetarme à las más horribles torturas. Inocente ó criminal, tengo derechos que me da la Naturaleza; por ellos declaro, Luis, que no me separaré de mis hijos.

LUIS.

Para el hombre que ve ultrajada su honra, son pocos los tormentos, son débiles los martirios que el cielo quiera enviarte. Las traiciones al corazón, las asechanzas à la confianza, hacen languidecer una existencia y la envenenan para siempre.

ELVIRA.

Luis! Luis!

LUIS.

Algún martirio debe sufrir la mujer que engaña y que difama; la que roba la felicidad hasta de séres inocentes. Poco es el desprecio; muy poco el abandono cnando esa mujer no con-

serva sentimientos nobles hacia el hombre que ultraja; nada es el escarnio de la sociedad; nada sus anatemas, por que ellos, ni borran una mancha, ni cauterizan las heridas del corazón. Por esto quiero huir de tu lado; sufre los tormentos que me agovian, y que no se separarán de mi existencia.

ELVIRA.

Escúchame.

LUIS.

La tempestad que me agita la experimentarás con todos sus horrores; he tomado la resolución de separarte de tus hijos.

ELVIRA.

(Con acento de desesperación.) Jamás! jamás! A todas partes les seguiré aunque se interpongan los suplicios màs acerbos. Luis, arráncame la vida si te place, vierte mi sangre, tortura mi cuerpo, pero no exacerbes mi desesperación.

LUIS.

Ese será el mayor de tus sufrimientos.

ELVIRA.

Mis inocentes hijos deben ignorar mis faltas. Por su porvenir, no los prives del afecto de una madre, de ese amor santo que forma su corazón. Por ellos, por su felicidad, para cuidarlos y defenderlos, me atrevo á implorar tu benevolencia.

LUIS.

Son inútiles tus ruegos.

ELVIRA.

¿Qué será de esos pequeñuelos privados de las caricias de una madre, sí, de una madre, que debe ser su escudo en las borrascas de la vida? No veas, Luis, mis martirios; vuelve la vista hacia tus hijos; contempla su inocencia; reflexiona sobre su porvenir; sus blandos corazones estàn dispuestos à recibir la impresión del bien ó del mal......¡Piedad para ellos, para mí todos los sacrificios!

LUIS.

¡Angeles divinos, que formaban de este albergue un Edén, y que perfumaban con su aliento lo que fué el hogar de mi felicidad......! ¡Ah! ellos no deben respirar el aire envenenado que aquí respiro; ellos no deben aspirar en el beso maternal el aliento impuro que aquí se exhala.

ELVIRA.

¡Oh dolor!

LUIS.

Ignorarán tus delitos, porque no quiero que los comprendan y lastimen su corazón; porque quiero que ignoren, si fuese posible conservarles esta ilusión toda la vida, que no tuvieron por madre á la más virtuosa de las mujeres.

ELVIRA.

(Con arrebato de terror, y queriendo callar las últimas palabras de D. Luis.) Ah! Calla, calla por Dios; mis hijos estàn ahí. Compadece mi dolor!

LUIS.

Señora, está resuelto; yo no discuto, mando.

ELVIRA.

(Con altivez.) Ah! No estoy en el banquillo de los acusados. Exijo.

LUIS.

Las leyes sociales me favorecen.

ELVIRA.

Las de la Naturaleza me lo mandan.

LUIS.

Sobre todas ellas se harà mi voluntad.

ELVIRA.

Para que mis faltas sean castigadas estaré á tus piés sumisa y obediente; para castigar à mis hijos, nunca! Entónces se sublevarán mis sentimientos.

LUIS.

Yo los arrancaré......

ELVIRA.

(Aparte, y como si le asaltare violentamente un pensamiento.) Diré que Eduardo es inocente; él quedarà en libertad para salvarlos.

LUIS.

A tus hijos......

ELVIRA.

Solo la muerte los arrancará de mis brazos. (Váse corriendo.)

LUIS.

Pongàmoslos à salvo. (Suena un timbre; aparece un criado, que se vá cuando Don Luis le habla al oido.

MARGARITA.

(Dentro, y con desesperación.) ¡Elvira! ¡Elvira!

Escena novena.

Don Luis. Fermín.

FERMIN.

(Precipitado.) Señor Don Luis; Eduardo Peñafiel será condenado á muerte, pues està probada su culpabilidad. Antes que la justicia descargue sobre él todo el rigor de la ley, acepta un duelo à muerte, que se verificarà en el acto.

LUIS.

¿Un duelo? ¿lo acepta? ¿puede verificarse?

FERMIN.

Inmediatamente; en su calabozo; cuando allí no sea posible, tendrá lugar en las azoteas de esta casa y en las de la Diputación en la cual cárcel se halla. Los testigos están arreglados; Rivas será uno de ellos; mas si Peñafiel quedare en libertad, todo estará allanado en el jardín de esta casa.

LUIS.

Gracias, amigo mio; usted es mi salvador. Si muero en la demanda, usted se casará con Margarita inmediatamente, y recogerà à mis hijos. Si yo saliere triunfante, partiremos todos para Europa esta misma noche.

FERMIN.

Será cumplida la voluntad de usted.

LUIS.

¿Todo està arreglado?

FERMIN.

Estas pistolas están listas. Vamos.

LUIS.

[Al ver á Margarita, la besa y se marchan.] ¡¡Hija!!

Escena décima.

Margarita. Elvira.

MARGARITA.

¡Padre! ¿qué es esto?

ELVIRA.

Margarita, Margarita....todo lo has oido. Luis quiere separarme de mis hijos....oh! nó; tú nunca lo consentirás, ¿no es verdad?

MARGARITA.

[Aparte.] Duro es el trance que despedaza el corazón de una madre.[A Elvira con indignacóin.] En vano procura usted, señora, que salgan de mi boca frases que no sean las de la indignación: al hablarmc ¿no muere usted por su impudor y desvergüenza?

ELVIRA.

Sí, Margarita; no me es dable levantar la frente sin sentir que se inclina ante el peso del remordimiento; que se cubre de rubor ante tí que eres un àngel; ante tí cuyas dulces palabras me señalaban el precipicio en que podía caer.

MARGARITA.

Y usted desoyó mis súplicas; y usted abrió en el corazón de mi padre la herida mortal que nos priva para siempre de la dicha.

ELVIRA.

Yo soy quien ocasiona esas desgracias; yo no quiero ni puedo disculparme; á nadie sino á mí están reservados los odios de Luis y los desprecios de Margarita. Mi arrepentimiento ¿será suficiente á merecer tu compasión? ¿qué debo hacer para alcanzar algun dia tu benevolencia? no vuelvas hacia mí tu rostro airado cuando confieso mis delitos; cuando quisiera lavarlos con mis lágrimas y con mi sangre.

MARGARITA.

(Enternecida.) ¡Elvira!

ELVIRA.

¿Lloras, Margarita? ¿tus lágrimas regarán también el camino de mi expiación? Una gota de llanto borra todas las faltas de la vida: ¿podrán desagraviar á Dios si las vierte compa-

sivo un ángel de redención? ¡Ah! esas làgrimas caen sobre mi alma gota á gota, como un benéfico rocío, como un consuelo en mi desventura: ellas me muestran en el obscuro porvenir la estrella de mi esperanza.

MARGARITA.

Elvira, no es mi perdón sino el de mi padre el que necesitas; de él, cuya existencia envenenaste; mi padre no te perdonarà.

ELVIRA.

¿Dices que no me perdonará? ¿pero tú, Margarita? ¿serás insensible á mis padecimientos? yo no solicito tu estimación; no aspiro á recuperar los dulces afectos que en otros dias fueron mi delicia; no pretenderé las consideraciones que bondadosamente me otorgabas; quiero solo bañar tu mano con mi llanto; que tu angélica dulzura pronuncie una sola palabra que me salve de la desesperación y de la vehemencia.

MARGARITA.

¡Pobre mujer!

ELVIRA.

Sí, muy pobre, muy infortunada, porque fuí frágil; porque no me salvarán de la vergüenza muchos años de martirios; pobre, sí, muy desgraciada, por los horribles combates que mi alma sufrió en los dias de mi orfandad; por los acervos dolores que el cielo me depara.

MARGARITA.

¡Dios te perdone los males que nos has causado!

ELVIRA.

¡Ah, Margarita!

MARGARITA.

[Señalando un Crucifijo.] Ahí està el único Sér que calmarà tus desventuras. (Queriendo irse.)

ELVIRA.

¡Ah! no, no te alejes de mí: ¿No es verdad que me ayudarás à defender à mis hijos de la inclemencia de un padre que quiere arrebatármelos?

MARGARITA.

Si tal es la voluntad de mi padre, acepta ese sacrificio; él te mostrará en el porvenir los albores de un nuevo dia. Elvira, á nombre de tus hijos, acepta ese sacrificio.

ELVIRA.

¡Jamàs! el sentimiento maternal no raciocina. Inocente ó criminal, insistente ó arrepentida, no me separaré de ellos. ¿Qué hombre es ese que se complace en el martirio de una madre infeliz? ¿à qué raza de tigres pertenece ese hombre que mira sin conmoverse el más grande de los pesares, al que arrebata à una madre su vida, su felicidad, su todo? No, yo no soportaré esa noche eterna, ni aun á trueque de mi vida.

MARGARITA.

¡Elvira!......

ELVIRA.

La mujer que agota sus lágrimas, y el llanto embota sus sentimientos, se convertirá en pantera. Venga, pués, la desgracia con todos sus horrores; venga la muerte, no las temo; á las furias del infierno, á la vehemencia de la desesperación; á cuantos tormentos inventen los hombres y quiera indignado mandar el cielo....á todo, à todo desafío....—¡Mi Alfredo! ¡Evangelina! ¡hijos de mi alma! ¡Ah! ¡ni el mismo Dios en su justicia sería capaz de arrebatàrmelos!....

MARGARITA.

Elvira, vuelve en tí, domina tu razón. Algún dia calmará la tempestad que hoy agita el alma de mi padre. La mujer cristiana, en sus infortunios, dirije su pensamiento á Dios, fuente inagotable de todos los consuelos y de todas las esperanzas.

ELVIRA.

Margarita, ¡cuán buena eres!

(Se oyen dos detonaciones de pistola que casi se confunden en un mismo sonido.)

MARGARITA.

Confía en el porvenir; mis lágrimas y mis ruegos harán renacer la benevolencia de mi padre hácia tí, y te devolverà á tus hijos.

ELVIRA.

No sobreviviré un dia al de mi desesperación. ¡Dios mio! no permitas que mi razón se extravié: yo no qüiero, yo no debo maldecir tu voluntad cuando sea presa de la desesperación. Margarita, el abandono me causa horor; no permitas para mí esos martirios. ¡Hija mia! mi buena hermana; vé á los piés de Luis; apela á su ternura; muéstrale mi desolación; díle que se-

ré la más tierna, la más buena de las madres. No olvides una sola de mis palabras. ¿Lloras? ¡ah! esas làgrimas dan creces à mi dolor.

MARGARITA.

No concibo una esperanza en estos momentos de angustia; el tiempo, que corre presuroso, calmarà màs tarde la tormenta que se desata sobre nosotros; entonces recordaré las tribulaciones de una madre, tan digna de compasión, cuanto es màs desgraciada. Yo tocaré el alma de mi padre, porque también amo á esos niños infelices; y confío en que no se opondrá à que una madre, purificada en el dolor, vele por la existencia de sus hijos. Espera en mí, Elvira; quizá podré volverte la dicha en un dia que por hoy es imposible columbrar. Jamás acuses la justicia del cielo, simbolizada en la indignación de mi padre; jamás maldigas los nombres sagrados, ni áun en momentos en que las tribulaciones martiricen tu espíritu, demandando como una expiación el sacrificio de tu ternura. Tus hijos, esos pedazos de mi alma, conservarán el respeto hácia una madre ausente; bendecirán con cristiana resignación las desventuras que el cielo les envía.

ELVIRA.

¡Hija querida!....

MARGARITA.

Ellos rogarán por tí; sus plegarias te abrirán los horizontes de una felicidad regenerada. Secunda sus oraciones, Elvira; ofrece á Dios tus làgrimas como una ofrenda en sus altares.

[Durante este relato, permacerá Elvira conmovida en los brazos de Margarita.)

ELVIRA.

En la calle se han disparado algunas armas.

MARGARITA.

Al oir las detonaciones sentí un estremecimiento mortal. Mi padre salió hace media hora en compañía de Fermín, y llevaba en la mano una pistola.

ELVIRA.

¿Habrá tenido lugar el duelo entre Luis y Eduardo?

MARGARITA.

No es posible; ese hombre se encuentra en las masmorras de la Diputación.

ELVIRA.

A Eduardo se le acusa de haber robado á Alfredo; mas yo declaré fué con autorización mia para ocultarlo, porque Luis quizo separarme de él.

MARGARITA,

¡Desgraciada! por salvar á un criminal caes en un abismo.

ELVIRA.

(Asomándose al balcón.) Grupos de pueblo numerosos se agolpan á la Diputación.

MARGARITA.

La impaciencia me mata. No, no es posible estar tranquila sin saber donde se encuentra mi padre; los criados lo sabrán tal vez; yo los interrogaré. **(Váse y vuelve luego.)**

Escena undécima.

Elvira. después Margarita.

ELVIRA.

¡Cuántas desgracias aún! Fermín nos abandona. Luis, en estos momentos, no dominarà sus arrebatos. Eduardo, impulsado por anteriores agravios, buscarà la muerte. Yo solo debo huir para salvar á mis hijos; tendré todo el valor de la desesperación para arrebatarlos á un padre inhumano, y llevarlos à un asilo seguro é ignorado.

MARGARITA.

Todo confirma mis temores; mi padre no está en la casa, y esto sin haber salido de ella, segùn afirman los porteros. Me preocupa el haber oido detonaciones de dos armas de fuego que casi se confundieron en una sola explosión; esto demuestra que fueron dos pistolas disparadas à un mismo tiempo, como en un duelo se acostumbra. Nadie, sin prever una desgracia, puede explicarse esos incidentes. He mandado llamar á Rivas quien todo lo podrá explicar.

ELVIRA.

Los criados lo averiguarán, confundiéndose en la muchedumbre que desde ayer se aglomera frente á estos balcones.

MARGARITA.

Dos de ellos han salido ya. El corazón presagia algo extraordinario, puesto que Fermín tenía qué cumplir deberes al lado de mi padre; tengo la evidencia de que esas armas le han herido ó à Fermín. El Gobernador del Distrito podrá ministrarme informes más seguros, é impedirà el duelo si áun no se verifica.

ELVIRA.

Mi compañía es necesaria; así no seré víctima de la impaciencia y de la incertidumbre.

MARGARITA.

Tu presencia es un obstáculo para tranquilizar à mi padre. Aguarda el resultado de las investigaciones de los criados, mientras que yo me interpongo entre mi padre y una mano homicida, entre Fermín y su adversario.

Esena duodécima.

Elvira. Margarita. Rivas.

RIVAS.

Cumplo, señora, con un triste deber, devolviendo á usted esta flor que es la causa de tantas lágrimas. **(Le dá una flor.)**

ELVIRA.

(Toma la flor.) Rivas, ¿qué significa esto? ¿Encierra algún misterio, ó esta flor es precursora de nuevas desdichas? ¡Sangre!. . . .¡Dios mio!. . . .

MARGARITA.

¿Qué misterio encierran esas palabras? ¿sabe usted la causa por la qué se oyeron detonaciones de armas de fuego hace un rato? ¿qué ha sido de mi padre?

ELVIRA.

¿Dónde está Luis? ¿qué significa ese silencio? **(Rivas permanece en silencio.)**

MARGARITA.

Rivas, por Dios, calme usted nuestra agitación: ¿ha muerto mi padre? ¿dónde se encuentra?

ELVIRA.

¿Dónde se dispararon esas armas? ¿y Luis? ¿y Eduardo?

RIVAS.

Eduardo, señora, vindicado de las acusaciones que sobre él pesaban, quedó inmediatamente en libertad. Su honra y su amor lo llevaron al lugar del sacrificio; allí la bala certera de Don Luis le hirió de muerte. Antes de espirar me suplicó trajera á su salvadora su triste despedida.

MARGARITA.

Cúmplase la voluntad de Dios.

ELVIRA.

¡¡¡Ah, Dios de bondad.....recíbelo en tu seno!!!

Escena décima tercera.

Elvira. Margarita. Don Luis.

El relox da las seis. Elvira y Margarita permanecen un rato en silencio como aterrorizadas. Váse Rivas.)

LUIS.

Margarita, el tren de Veracruz va à partir.

MARGARITA.

¡Padre! padre! (Corre á abrazarlo.)

ELVIRA.

¡Luis! (Don Luis rechaza á Elvira.)

LUIS.

(A Margarita.) Vamos.

MARGARITA.

(Tomando su abrigo.) Adios, Elvira.

ELVIRA.

(Abrazando á Margarita.) ¡Margarita! Margarita! (Lloran las dos.)

MARGARITA.

Llora y espera.

LUIS.

Vamos. El tren vá á partir.

MARGARITA.

[A Don Luis, con énfasis que marca con claridad las palabras.] ¿Dónde aguardará esa mujer el PERDÓN de sus faltas?

LUIS.

(Con énfasis marcadísimo que muestra la solución del problema.) A ORILLAS DEL SEPULCRO.

ELVIRA.

Quiero besar la frente de mis hijos. (Elvira intenta entrar á la recámara, y Don Luis se interpone para impedirle el paso.)

LUIS.

¡Aparta!

ELVIRA.

Soy su madre, y tengo el derecho de acariciarlos. Yo reclamo ese derecho en nombre de la Naturaleza y de la justicia; en nombre de Dios.

LUIS.

Tus hijos están ya lejos de aquí.

ELVIRA.

(Con ácento de profundo terror.) ¡¡Ah!!

MARGARITA.

[Como recordándole sus consejos.) Elvira......

ELVIRA.

[Resignada.) ¡Margarita! ruega á Dios por mí.

MARGARITA.

(A Don Luis, con voz ahogada por el llanto.) ¡Ni una palabra de consuelo para esa pobre mujer que sufre el mayor de los martirios? ¿Cuándo VERÁ á sus hijos?

LUIS.

Cuando el REMORDIMIENTO y la EXPIACIÓN la hayan PURIFICADO

Toma de la mano á Margarita y salen. Cierran tras de sí la puerta. Elvira se colocará de antemano cerca del Crucifijo. Se oye el silvato de una locomotora que anuncia la partida.

ELVIRA.

¡Ese gemido!......¡¡es el acento de mis hijos que me envían su despedida!!......¡Tú seràs, SEÑOR, mi único consuelo en mi abandono!

Cae de rodillas ante el Crucifijo al pronunciar las últimas palabras, y ocultando la cara entre las manos.

FIN.

